



La isla de California y la reina Calafia: dos espejismos amadisianos en el Nuevo Mundo

Alessio Pisu¹

Resumen. El propósito de mi investigación y de mi artículo es demostrar cómo un lugar imaginario creado por un escritor del siglo XV, Garcí Rodríguez de Montalvo, oriundo de una pequeña ciudad de Castilla, Medina del Campo, se haya convertido en un sitio real gracias a los anhelos de un grupo de soldados guiados por la ambición y el afán de conocimiento y conquista de su comandante, Hernán Cortés, para volver a ser un mito que, durante siglos y hasta hoy en día, sigue creando las mismas ilusiones de los que se atrevieron a buscar una tierra incógnita que sólo aparecía en la imaginación de un literato y en las de sus lectores.

Palabras clave: California, Reina Calafia, Hernán Cortés, mito, murales.

[en] California Island and Queen Calafia: Two Amadisian Mirages in the New World

Abstract. The purpose of my research and of my article is to demonstrate how an imaginary place created by a 15th century writer, Garcí Rodríguez de Montalvo, a native of a small town in Castilla, Medina del Campo, has become a real place thanks to the wishes of a group of soldiers guided by the ambition and desire for knowledge and conquest of their commander, Hernán Cortés, to return to being a myth that, for centuries and until today, continues to create the same illusions of those who dared to search for an unknown land that only appeared in the imagination of a man of letters and in those of his readers.

Keywords: California, Queen Calafia, Hernán Cortés, myth, murals.

Sumario. 1. Nuevos mitos en un nuevo mundo. 2. A la búsqueda del origen de un nombre. 3. Una ubicación controvertida. 4. La Mar del Sur. 5. ¿Isla o península? 6. La isla de las mujeres. 7. Calafia: virtute e canoscenza. 8. El regreso de la reina Calafia. 9. De las palabras a la imagen. Alegorías californianas. 10. California Dreaming. La nostalgia de un sueño.

Cómo citar: Pisu, A. (2022) La isla de California y la reina Calafia: dos espejismos amadisianos en el Nuevo Mundo, en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 51, 135-147.

1. Nuevos mitos en un nuevo mundo

“A la diestra mano de las Indias ovo una isla llamada California mucho llegada a la parte del Paraíso terrenal, la cual fue poblada de mujeres negras, sin que algún varón entre ellas oviese, que casi como las amazonas era su estilo de vivir” (Montalvo, 2003: 727). Así empieza el capítulo CLVII de *Las Sergas de Esplandián*, el quinto de los libros de caballería dedicados al ciclo amadisiano, cuyos protagonistas son Esplandián, hijo de Amadís de Gaula, y sus hazañas, las que el autor denomina sergas². Con las sugestivas palabras arriba citadas el autor, Garcí Rodríguez de Montalvo, desvela uno de los lugares imaginarios presentes en la obra, la isla de California. Montalvo nunca hubiera podido imaginar qué conllevaría en el futuro la descripción de esta isla fantástica, cuya ubicación ha sido y sigue siendo un desafío para los estudiosos que han tratado de localizarla, así como la etimología de su nombre, cuyo misterio aún no ha sido resuelto por completo. De hecho, todo lo

¹ Universidad Complutense de Madrid, España.

Correo: alessiopisu@hotmail.com

² La palabra derivaría del griego *ἐργον*: hecho, empresa, trabajo.

que rodea la isla de California y la reina de su territorio, Calafia, ha sido objeto de especulaciones y ha generado infinitas interpretaciones hasta convertirse en espejismos que, a pesar de ser meras ilusiones, han conseguido dar el nombre a uno de los estados más importantes de los Estados Unidos de América. Además, esos espejismos han convertido California en un lugar mítico, uno de los motores propulsores de la ideología del *Manifest Destiny*, meta final de las esperanzas primero de famélicos cazadores de tierra, luego de fugitivos de la crisis de 1929 y de la gran depresión económica que surgió posteriormente. Más adelante, se convirtió en el hito de las peregrinaciones de los protagonistas de la *Beat Generation* y en la meca de aspirantes actores, artistas y cantantes a la búsqueda de una tierra prometida donde cumplir sus sueños.

2. A la búsqueda del origen de un nombre

La primera discordia entre los filólogos se generó alrededor de la etimología del nombre California, cuyo estudio dio origen a diferentes interpretaciones³. El primero que relevó una conexión entre la novela de Montalvo y el nombre de California fue en 1862 Edward Everett Hale quien, durante una conferencia en la American Antiquarian Society, dijo haber encontrado la fuente de donde procedía el nombre otorgado a la tierra descubierta por Hernán Cortés (Hale, 1862: 48). En la teoría que expuso también en la revista *Atlantic Monthly*, Hale supuso que Montalvo, a la hora de crear esa isla imaginaria, tenía en mente la palabra castellana *califa*, a su vez procedente del nombre árabe *ḥalīfa*, es decir jefe supremo (Hale, 1862: 53). Al principio, esta derivación de Hale fue aceptada por la mayoría de los estudiosos, para ser cuestionada posteriormente por otros filólogos como George Davidson que, en su estudio, mencionó primero al Padre Arroyo, según el cual la palabra derivaría del latín *colophonia resina*, es decir, de la resina que era extraída de los pinos presentes en la denominada actualmente Baja California, la tierra recién descubierta por Hernán Cortés, y muy valiosa para su utilización en las cuerdas de instrumentos musicales en la época (Davidson, 1910: 7). Sin embargo, Davidson elaboró otra hipótesis, para muchos bastante atrevida, que se basaba en la derivación de la palabra California del griego *κάλλος* y *ὄρνις*, hermosa ave, porque Montalvo escribe en su obra que en la isla vivían los grifos, seres mitológicos mitad águilas y mitad leones. En cambio, el nombre Calafia lo derivó de *καλλιφίλη* hermosa amiga o, en alternativa, de *καλλιφύης* hermosa y de noble estatura porque, a la hora de describirla, Montalvo afirma que es alta (Davidson, 1910: 33-34). En estudios más recientes, aparecen otras interpretaciones etimológicas a la vez arriesgadas como la de Davidson, por ejemplo, la de Aquilino Suárez Pallasá que deriva California del griego *Κολοφών* *Colophon* + *ία* que, posteriormente alterado por etimología popular voluntaria o involuntaria y de una amalgama de las fuentes utilizadas por Montalvo, se convertiría en Kalefonia, y de allí en California (Suárez, 2007: 159-167). El mismo estudioso se atreve también con la etimología del nombre de la reina de la isla, Calafia que, según él, por proximidad fonética y gráfica, derivaría de *Καλλαντία* *Ἰνδοί*, nombre de una nación de la India vecina de los etíopes mencionada por Heródoto (Suárez, 2007: 174). Muchos han investigado y tratado de desentrañar la complejidad de la etimología de la palabra pero, según Emilio José Sales Dasí y que, en mi opinión, es la hipótesis más plausible es que, en este caso, Montalvo no inventó ningún nombre, porque un lugar fonéticamente muy parecido al que escribió se puede encontrar en la *Chanson de Roland*, poema épico escrito a finales del siglo XI, que tuvo una larga repercusión en toda Europa y que fue una fuente de inspiración para otros cantares de gesta, así que parece obvio que también Montalvo lo conociera (Sales, 1998: 154-157). En la *Chanson de Roland*, cuando Carlomagno expresa su dolor por la muerte de Roldán se menciona un lugar llamado *Califerne*:

Morz est mes niés qui tant me fist conquerre!
 Encontre mei reveleront li Saisne
 Et Hongre et Bogre et tante gente averse,
 Romain, Poillain et tuit cil de Palerne
 Et cil d'Afrique et cil de Califerne.
 (Chanson de Roland, 1886: vv. 2920-2924)

³ Hay una amplia bibliografía sobre ese tema sea en ámbito norteamericano, entre ellos los estudios de Dora Beale Polk o los de Ruth Putnam, que español, entre ellos los estudios de Martín de Riquer y Álvaro Del Portillo Díez de Sollano. Yo me he limitado a mencionar sólo algunas de estas interpretaciones.

Otra cuestión sería averiguar de dónde procede el término Califerne de la *Chanson* y una posibilidad es que derive del latín *calida fornax* porque, en el cantar, su ubicación es mencionada justo después de África, de modo que podría referirse a un lugar cercano y caliente como un horno. También es posible que, como en su momento dijo Hale hablando de la California montalviana, el autor de la *Chanson* derive la palabra de *califa*. De esta forma, califa se habría convertido en California para representar la "tierra del califa", y Calafia significaría la "mujer califa". Es para mí, la teoría más válida porque, cuando se escribió la *Chanson de Roland* en el siglo XI, el recuerdo del Califato de Córdoba, que en los años de la composición del cantar se había dividido en taifas, representaba todavía el símbolo de la gran potencia alcanzada por los árabes en Europa.

3. Una ubicación controvertida

La otra disputa se generó en torno a la ubicación de la isla de California. Según nos dice Montalvo en su obra, la isla se encontraría a la diestra mano de las Indias. Antes de todo, hay que considerar que la obra de Montalvo es fantástica y, como todas las obras del género, no describe una geografía exacta. El propósito del autor, así como de todos los que describen lugares imaginarios, era que los lectores de su historia tuvieran la sensación de un viaje realmente ocurrido y por eso, a lo largo de la narración, están presentes algunas referencias al tiempo y al espacio y hasta se mencionan las distancias en días entre un lugar y otro, distancias en realidad puramente ficticias. Para intentar averiguar la exacta ubicación de la isla, deberíamos empezar por la fuente de Montalvo, la *Chanson de Roland*, y tener presente que la región de *Califerne* se menciona justo después de África y recordar que Montalvo nos dice que está ubicada a la derecha de las Indias. Hasta los siglos XV y XVI y, antes de la toma de conciencia de que las tierras donde había llegado Colón pertenecían a un nuevo continente, con el término "Indias" se consideraba buena parte de Asia meridional y oriental, así como podemos apreciar en los mapas más antiguos, como el de Ptolomeo que se seguía utilizando en el siglo XV, donde aparecía la India dividida en "India Extra Gangem" e "India Intra Gangem". Algunos estudiosos consideran que Montalvo consultó antiguos mapas medievales donde la norma era representar, en la parte superior de los mapas, el este geográfico, porque en este punto cardinal se ubica la ciudad de Jerusalén, punto de referencia para todos los mapas de época medieval. La mano diestra de las Indias sería un lugar al sur de la actual India, una isla imaginaria en algún punto del Océano Índico. Otros estudiosos creen que, encontrándose a la mano diestra de las Indias, estaría cerca de la otra mítica isla de Taprobana⁴, que la mayoría identifica actualmente con el moderno Sri Lanka. Taprobana fue mencionada por primera vez por el explorador griego Megástenes quien decía que en la isla había más oro y perlas que en la India, materiales que aparecen también en la descripción que hace Montalvo de la isla de California. Taprobana era una isla de suma importancia en la época del autor medinense, porque se la consideraba rica en canela, pimienta y otras especias valiosas y, como afirma Juan Gil, se la consideraba como la isla del Alfa y Omega, porque en ella empezaba el oriente y terminaba el occidente (Gil, 1989: 89-96). Sin embargo, hay que evidenciar que Montalvo escribió las *Sergas* a finales del siglo XV cuando los mapas que podían consultarse eran ya diferentes de los utilizados en época medieval, con el norte geográfico identificado en la parte superior, así como podemos verlos hoy y que, la última parte de las *Sergas*, donde se menciona por primera vez la isla de California, se escribió después del primer viaje de Cristóbal Colón a las Indias. Así que no podemos descartar que Montalvo ubicara California justo a la derecha de las tierras recién descubiertas por el navegante genovés para darle un matiz aún más exótico, puesto que a la vuelta de Colón se hablaba de unas islas inmensas y riquísimas.

4. La Mar del Sur

Unos años más tarde de la composición de las *Sergas* y de los viajes de Cristóbal Colón, Hernán Cortés viaja a América. Mientras, habían aparecido los primeros mapas de las tierras recién descubiertas por el navegante genovés. En la Carta Náutica de 1492 de Cristóbal Colón aparecen las islas donde el navegante genovés desembarcó, limítrofes a Asia, Catay e Yunnan y, con dibujado más al norte, Cipango, el hodierno Japón. A partir de 1503, en los mapas que empezaron a diseñarse después de los siguientes viajes colombinos, aparece mejor definido el perfil de la isla de Cuba y el continente asiático más cerca de Cipango siempre ubicado en

⁴ Sobre la mítica isla de Taprobana han escrito en los últimos años Umberto Eco en *Storie delle terre e dei luoghi leggendari* y Edward Brooke-Hitching en *The Phantom Atlas: The Greatest Myths, Lies and Blunders*.

el norte. Aparecen también las Antillas, las islas donde había llegado Colón y también una gran masa terráquea que ocupa los hemisferios norte y sur. No se sabe si esta masa formaba parte de Asia o si formaba parte de un continente desconocido. Todos los mapas, el de Juan de la Cosa por ejemplo, o las descripciones que se redactan, por ejemplo algunas cartas atribuidas a Bartolomé Colón, hermano del almirante, revelan la ambivalencia geográfica que existía en los primeros años del siglo XVI. Como sabemos, el objetivo original de los viajes de Colón era, a fin de cuentas, encontrar la vía más rápida para llegar a Asia, Cipango u otras tierras donde poder aprovisionarse de las riquezas y de las cotizadas especias que se encontraban en el continente. Cuando Cortés viaja por primera vez a América conoce los nuevos mapas y conoce también sin lugar a duda el ciclo amadisiano. Después de la conquista de Tenochtitlán y, moviéndose hacia el oeste de México, Cortés concibe un ambicioso proyecto cuyo objetivo sería explorar la costa del mar que baña la costa occidental de México. Cortés, así como Colón, consideraba la circunferencia terrestre menor de lo que es y cuando llegó a saber de la hazaña, o momento estelar como lo definió Stefan Zweig en el breve relato *Huida hacia la inmortalidad*, que Núñez de Balboa había llegado a la “rebuscada” Mar del Sur, decide embarcarse en un proyecto que se revelaría ruinoso para sus finanzas. Cortés, para lucirse ante el rey Carlos I y continuar con su fama de conquistador imparable que había alcanzado su tierra natia, invirtió tiempo y dinero para organizar diversas expediciones dirigidas a encontrar antes que los demás (recordamos que en el mismo período Magallanes estaba circunnavegando el globo), una vía que condujera a la mar y, sucesivamente, la vía que llevaría a Asia y a las Molucas. En 1522, empieza a preparar una flota de navíos para explorar el Océano Pacífico y encontrar una vía más rápida y segura, evitando el famoso estrecho de Magallanes, para alcanzar las islas Molucas, destino imprescindible para conseguir sus preciadas especias y ganar la lucha con los portugueses para llegar a ser los primeros beneficiarios del comercio de las mismas. En una carta al emperador Carlos V, fechada al 15 de mayo de 1522, Cortés se lo comunica al emperador Carlos V,

Yo tenía, muy poderoso señor, alguna noticia, poco había, de otra mar del Sur, y sabía que por dos o tres partes estaba a doce y a trece y catorce jornadas de aquí; y estaba muy ufano, porque me parecía que en la descubrir se hacía a vuestra majestad muy grande y señalado servicio, especialmente que todos los que tienen alguna ciencia y experiencia en la navegación de las Indias, han tenido por muy cierto que, descubriendo por estas partes la mar del Sur, se había de descubrir y hallar muchas islas ricas de oro y perlas y piedras preciosas y especiería y se había de descubrir y hallar otros muchos secretos y cosas admirables; y esto han afirmado y afirman también personas de letras y experimentadas en la ciencia de la cosmografía ... Y con tal deseo y con que de mí pudiese vuestra majestad recibir en esto muy singular y memorable servicio, despaché cuatro españoles, los dos por ciertas provincias y los otros dos por otras; e informados de las vías que habían de llevar y, dándoles personas de indios amigos que los guiasen y fuesen con ellos, se partieron. Y yo les mandé que no parasen hasta llegar a la mar y, que en descubriéndola, tomasen la posesión real y corporalmente en nombre de vuestra majestad; y los unos anduvieron cerca de ciento y treinta leguas por muchas y buenas provincias sin recibir ningún estorbo, y llegaron a la mar y tomaron la posesión, y en señal pusieron cruces en la costa de ella. Y después de ciertos días se volvieron con la relación del dicho descubrimiento, y me informaron muy particularmente de todo, y me trajeron algunas personas de los naturales de la dicha mar ... Los otros dos españoles se detuvieron algo más, porque anduvieron cerca de ciento y cincuenta leguas por otra parte hasta llegar a la dicha mar, donde asimismo tomaron la dicha posesión, y me trajeron larga relación de la costa, y se vinieron con ellos algunos de los naturales de ella. (Cortés, 1866: 259)

En 1523, uno de sus capitanes, Gonzalo de Sandoval, había conseguido noticias sobre una curiosa isla, una tierra poblada sólo de mujeres, momento clave de esta investigación, porque estoy seguro de que Cortés, al escuchar Sandoval, se acordó de la última parte de las *Sergas*, cuando Montalvo describe la isla de California poblada por unas mujeres guerreras. El conquistador extremeño se lo comenta al emperador Carlos V,

Los señores de la provincia de Cihuatán se afirman mucho de haber una isla toda poblada de mujeres sin varón alguno, y que en ciertos tiempos van de la tierra firme hombres con los cuales han acceso, y las que quedan preñadas, si paren mujeres las guardan, y si hombres, los echan de su compañía; y que esta isla está a diez jornadas de esta provincia y que muchos de ellos han ido allá y la han visto. Dícenme que es muy rica de perlas y oro; yo trabajaré, en teniendo aparejo, de saber la verdad y hacer de ello larga relación a Vuestra Majestad. (Cortés, 1866: 279)

Al escuchar las palabras de Sandoval, a Cortés seguro que le sonó en la cabeza no sólo el episodio referido a la isla de California contado por Montalvo, sino también lo que escribió Cristóbal Colón cuando, durante sus viajes por el Caribe, recibió noticias sobre una isla poblada de mujeres, aunque en el caso del navegador genovés los indígenas se estuvieran refiriendo a la isla de Matinino, isla mítica de la que hablaremos más adelante. En 1532 después de los esfuerzos para llegar a las Molucas, Cortés escribe al emperador para avisarle

que se proponía explorar el Pacífico y encontrar la famosa isla rica en perlas y oro. Después de haber logrado las capitulaciones para explorar y poblar cualquier isla y tierra firme, organiza cuatro viajes para explorar el Pacífico y encontrar la isla de la que había traído noticias Gonzalo de Sandoval en 1523 (León-Portilla, 2001: 45). En uno de ellos se embarcará él mismo y tomará posesión de California. La primera expedición al mando de Diego Hurtado de Mendoza fue un fracaso como también comentó Bernal Díaz del Castillo:

Quiero decir agora cómo en el mes de mayo de mil e quinientos e treinta e dos años, desde Cortés vino de Castilla envió desde el puerto de Acapulco otra armada con dos navíos, bien bastecidos con todo género de bastimentos, e marineros los que eran menester, y artillería y rescate, y con ochenta soldados escopeteros y ballesteros, y envió por capitán general a un Diego Hurtado de Mendoza, y estos dos navíos envió a descubrir por la costa del Sur, a buscar islas y tierras nuevas...Y el Diego Hurtado corrió siempre la costa, y nunca se oyó decir más dél, ni del navío, ni jamás pareció. Quiero dejar de decir desta armada, pues se perdió. (Díaz del Castillo, 1997: 647-648)

En 1533 zarpó otra expedición capitaneada por Diego Becerra y Hernando de Grijalva. Las dos naos perdieron contacto y la con el piloto mayor vizcaíno Ortuño Jiménez desembarcó en una isla donde encontró perlas y se lo comunicó a Cortés. Es en 1535, cuando Cortés se pone al mando de una expedición, de la cual se conserva el *Auto de posesión y descubrimiento de la Tierra de Santa Cruz* del mismo año y también dos mapas donde se muestra la bahía de Santa Cruz y otra del piloto Domingo del Castillo. El desembarco tuvo lugar el 3 de mayo de 1535, por eso Cortés le dio el nombre de Santa Cruz. Bernal nos cuenta:

Y de los soldados questaban con Cortés, de hambre y de dolencias se murieron veinte y tres, y los muchos más estaban dolientes y maldecían a Cortés y a su isla y bahía y descubrimiento. Y por no ver Cortés delante de sus ojos tantos males, fue a descubrir otras tierras, y entonces toparon con la California, ques una bahía. (Díaz del Castillo, 1997: 650)

Cortés regresa a las costas de Sinaloa y se abastece para llevar auxilio a los que se habían quedado en la bahía de Santa Cruz. Es, en este momento, cuando Cortés tiene noticias de la llegada del primer virrey de Nueva España, Antonio de Mendoza, que le pide regresar a México. Y es entonces cuando la mujer de Cortés, Juana de Zúñiga le aconseja siempre según Bernal, "... que se volviese a México a su estado e marquesado, y que mirase los hijos e hijas que tenía, y dejase de porfiar más con la Fortuna y se contentase con los heroicos hechos y fama que en todas partes hay de su persona" (Díaz del Castillo, 1997: 650-651). El último viaje organizado por Cortés, en 1539, permitió perfilar más detalladamente la tierra de California, aunque cuando Bernal escribe su *Historia*, en la segunda mitad del siglo XVI, aún no sabe qué es exactamente California, "... luego se vinieron todos los soldados y capitanes que habían dejado en aquellas islas, o bahía que llaman la California" (Díaz del Castillo, 1997: 651).

No hay certezas sobre quién haya sido el primero en llamar California las tierras recién descubiertas. A Hernán Cortés se le atribuye a menudo el mérito de haber sido el primero en dar el nombre de California a la península de Baja California. En cambio, algunos investigadores creen que es más probable que fuera uno de los hombres que participaron en los viajes de exploración hacia el Pacífico. Podría ser que algunos de ellos le habían otorgado el nombre de California a la península, pensando que era una isla. También se ha sugerido la hipótesis de que Hernando de Alarcón, enviado por el virrey Mendoza que era enemigo de Cortés, en una expedición de 1540 para verificar los descubrimientos de Cortés, se refirió a las inhóspitas tierras como California, y fue él quien nombró irónicamente a la península en honor a la legendaria isla que aparece en las *Sergas* (Martínez, 2011: 99-101). Si no fue Cortés a dar el nombre de California a la tierra donde había desembarcado, no cabe duda de que, quien lo hizo, pretendió ironizar al dar ese nombre a la tierra descubierta por el conquistador extremeño. De todas formas, todos están de acuerdo en valorar como un auténtico fracaso las expediciones de Cortés.

5. ¿Isla o península?

En los estudios de Miguel León-Portilla, *Hernán Cortés y la Mar del Sur* y *Cartografía y crónicas de la Antigua California* podemos apreciar la cronología del desarrollo de los mapas dibujados a raíz del descubrimiento de California. Es a partir de 1542, cuando en las producciones cartográficas de Agnese, Alonso de Santa Cruz y Sebastiano Caboto se delinea mejor la península de California, sobre todo a raíz del cuarto viaje capitaneado por Francisco de Ulloa. En estos mapas todavía no aparece el nombre de California, pero sí en 1541, cuando aparece por primera vez en un mapa diseñado por el piloto Domingo del Castillo y que fue examinado por Ulloa. En 1542 aparece de nuevo el nombre en el *Mapa del Mundo* de Alonso de Santa Cruz,

donde se muestra la isla de California como descubierta por el Marqués del Valle, es decir Hernán Cortés. De allí en adelante aparecerá en todos los mapas de Norteamérica sea para identificar la península sea para identificar la isla. Para finales del siglo XVI, parecía aclarado el hecho de que California fuera una isla, pero llegados al siglo XVII, California vuelve a ser una isla, por lo menos en algunos mapas publicados en ese siglo. Eso tiene que ver con el mapa y las noticias difundidas por el carmelita fray Antonio de la Ascensión, acompañante de Sebastián Vizcaíno en un viaje en 1602, que propagandó la insularidad de California relacionando su importancia con la del estrecho de Anián, que se encontraba más al norte y que era otro de los mitos geográficos surgidos en América. Este pasaje empezó a aparecer en los mapas a la mitad del siglo XIV e inspiró los viajes de exploradores como Juan Caboto, Francis Drake, Gaspar Corte-Real, Jacques Cartier y Humphrey Gilbert. La mítica reinención de una California insular fue originada por las palabras de fray Antonio de la Ascensión que hablaba de una California separada por el continente. Sus descripciones fueron diseñadas en mapas enviados a España que fueron interceptados por los holandeses. Por eso, el primero que volvió a dibujar California como una isla fue el holandés Michiel Colijn de Amsterdam en su *Descriptio Indiae Occidentalis* publicada en el 1622. La falsa representación fue aceptada por todos, así que cartógrafos de fama mundial como Willem Blaeu, Abraham Goos y Herman Moll cometieron el mismo error. Sólo a principio del siglo XVIII el jesuita Eusebio Chini realizó una serie de viajes desde Sonora hasta el delta del río Colorado llegando a la conclusión que California estaba conectada al continente y que era una península. En 1747, el rey Fernando VI decretó oficialmente que California no era una isla (Brooke-Hitching, 2017: 64-67).

6. La isla de las mujeres

Garci Rodríguez de Montalvo escribía que la isla de California estaba poblada de mujeres guerreras,

...fue poblada de mujeres negras sin que algún varón entre ellas oviese, que casi como las amazonas era su estilo de bivar; estas eran de valientes cuerpos y esforçados y ardientes coraçones, y de grandes fuerças... Las sus armas eran todas de oro, y también las guarniciones de las bestias fieras en que, después de las aver amansado, cavalgavan... Moravan en cuevas muy bien labradas. (Montalvo, 2003: 727-728)

De ese modo, Montalvo incluía en su libro unas de las figuras mitológicas clásicas más populares en época medieval, las amazonas. El mito de las amazonas, las mujeres guerreras de un solo pecho, aparece repetidas veces sea en textos clásicos que en textos medievales. Robert Graves, en *Los mitos griegos*, expone una exhaustiva síntesis de las muchas y diversas versiones sobre el mito. Según él, las amazonas eran sacerdotisas de la diosa luna cuyo culto del caballo era muy popular como probarían los nombres de algunas de sus reinas, Melanipa e Hipólita que son nombres que se asocian al culto de este animal (Graves, 1963: 321). Casi todas las fuentes clásicas indicaban como lugar habitado por las amazonas las orillas del Mar Negro, pero con el transcurso de los siglos, este emplazamiento empezó a moverse hacia Oriente para alcanzar primero el Cáucaso y, finalmente, la India, lugar donde sea en época clásica que medieval podían encontrarse las gentes más extrañas del mundo. Se pensaba que las amazonas se dividían en tres tribus, donde se admitía sólo la descendencia matrilineal y una de sus reinas, Lisipa, había establecido que fueran los hombres los encargados de las tareas domésticas. Estrabón comentaba que las Amazonas se refugiaron antes en las tierras que actualmente pertenecen a Albania junto con los Gargarenses (serían los famosos Gog mencionados por Ezequiel) y después en el Cáucaso. Una vez al año en primavera los dos pueblos se juntarían y de las relaciones que tuvieran las niñas se quedarían con las amazonas y los niños con los gargarenses (Graves, 1963: 322-324). En todas las versiones del mito se repiten los mismos rasgos característicos de las amazonas, es decir mujeres guerreras que aborrecen la presencia masculina, que viven en Oriente y que luchan constantemente contra pueblos o héroes procedentes de Occidente así como, por ejemplo, aparece en las sagas de Teseo y Heracles. En el Medioevo, el mito sigue siendo popular y aparece en el Ciclo troyano y en los viajes de Juan de Mandeville y de Marco Polo, así que sigue formando parte del patrimonio cultural de los europeos: es evidente que navegantes y conquistadores llevaron al nuevo mundo en su equipaje cultural los mitos con los cuales se habían formado. Cristóbal Colón recibió durante su primer viaje a las nuevas tierras noticias de una isla poblada de mujeres guerreras y rica de perlas y oro, llamada Matinino. Las primeras referencias son del mes de enero de 1493, así como aparece en su diario de navegación (Colombo, 1992: 191-197). No sabemos si a Montalvo le llegaron estas noticias sobre las mujeres guerreras de Colón, pero es fascinante notar como el medinense imagina una isla ubicada en occidente poblada de valientes guerreras, "...y los hombres que prendían llevábanlos consigo, dándoles las muertes...si parían hembra guárdavanla, y si varón luego era muerto" (Montalvo, 2003: 728), palabras que se parecen mucho a las que escribió el mismo almirante. Algunos creen

que ya sea en el caso de Colón como posteriormente en el caso de Cortés, los indígenas habrían inventado una isla para alejarles de sus territorios y mandarles lo más lejos posible. En realidad, en el caso de Colón, la isla de Matinínó poblada por mujeres ya pertenecía al patrimonio mitológico de la cultura taína, donde se relata la génesis de la gente que poblaba la isla de Haití y de un viaje en canoa de ida y vuelta que recorre los trayectos entre Guahayona, Matinínó y Guanín. En ese fantástico viaje, el señor Guahayona en su canoa se lleva a todas las mujeres de Cacibajagua a una isla desconocida llamada Matinínó, las deja allí y se traslada a otra isla llamada Guanín. Matinínó se convertiría en un lugar tan particular que todos los taínos hablaban de ella como: "la isla de las mujeres sin hombres"⁵. Promotor de ese nuevo imaginario sobre las mujeres guerreras fue entonces Colón, quien interpretó los relatos taínos desde sus expectativas y dilucidaciones europeas, como en todos los viajeros cuyo patrimonio cultural procedía de los mitos clásicos y de la lectura de las crónicas de los viajes realizados en el Medioevo por mercaderes como Marco Polo. Para los navegadores, exploradores y conquistadores era fácil y sencillo trasponer ideas preconcebidas a unas tierras desconocidas, por eso muchas veces la onomástica estaba relacionada con lugares reales o imaginarios que ya se conocían (Gil, 1989: 13-20). Cortés fue atraído por el mismo espejismo y, cuando escuchó los relatos sobre una isla poblada de mujeres, asoció los relatos de Colón con sus conocimientos de cultura clásica mientras que, probablemente, los indígenas estuvieran hablando de un lugar llamado Cihuatán que significa "lugar de mujeres", ubicado en occidente donde según las creencias prehispánicas las muertas de parto acompañaban al Sol, así como lo hacían a su vez los guerreros.

7. Calafia: virtute e canoscenza

...reinava en aquella isla California una reina muy grande de cuerpo, muy hermosa para entre ellas, en floreciente edad, desseosa en su pensamiento de acabar grandes cosas, valiente en esfuerzo y ardid del su bravo coraçon más que otra ninguna de las que antes della aquel señorío mandaron. (Montalvo 2003: 728)

De ese modo, Montalvo nos da una descripción de la reina de la isla de California, cuyos rasgos parecen proceder de dos populares modelos amazónicos del Ciclo troyano, Penthesilea y Thalestris. En Montalvo, Calafia no sólo es valiente, sino que reúne también las características de una persona magnánima, según el concepto aristotélico de *megalópsichoi*, es decir de "grandes espíritus", que fue retomado por Dante Alighieri en el IV canto del Infierno de la Divina Comedia, donde lo atribuye a personajes de la antigüedad muy valientes, porque buscaban honor y fama. De hecho, en las *Sergas*, hay un claro guiño a Dante, que creo que nadie ha notado hasta ahora,

E oyendo decir cómo toda la mayor parte del mundo se movía en aquel viaje contra los christianos, ni teniendo noticia de otras tierras, sino aquellas que sus vezinas estaban, desseando ver el mundo y sus diversas generaciones, pensando que, con la gran fortaleza suya y de las suyas, que de todo lo que se ganasse avría por fuerça o por grado la mayor parte, habló con todas aquellas que en guerra diestras estavan que sería bueno que entrando en sus grandes flotas siguiesen aquel viaje que aquellos grandes príncipes y altos hombres seguían, animándolas, esforçándolas, poniéndoles delante las grandes honras y provechos que de tal camino seguirseles podrían, y sobre todo la gran fama que por todo el mundo dellas sería sonada; que estando así en aquella isla, haziendo no otra cosa sino lo que sus antecessoras fizieron, no era sino como estar sepultadas en vida, como muertas viviendo, pasando sus días sin fama, sin gloria, como las animalias brutas fazían. (Montalvo 2003: 729)

De ese modo, Calafia convence a sus amazonas para que zarpen de California y lleguen a Constantinopla con el fin de asediarla junto con las tropas paganas. Para demostrar la relación entre Montalvo y la Divina Comedia, voy a recuperar las palabras que Dante pone en la boca de Ulises en el canto XXVI del Infierno,

‘O frati’ dissi, ‘che per cento milia
perigli siete giunti a l’occidente,
a questa tanto picciola vigilia
d’i nostri sensi ch’è del rimanente

⁵ Sobre el mito de la isla de Matinínó hay varios estudios, entre ellos los de José Juan Arrom, Sebastián Robiu-Lamarque y de Jalil Sued-Badillo.

non vogliate negar l'esperienza,
 di retro al sol, del mondo sanza gente.
 Considerate la vostra semenza:
 fatti non foste a viver come bruti,
 ma per seguir virtute e canoscenza'.
 (Dante, 1990: Canto XXVI del Infierno, vv. 112-120)

Esta es la famosa *orazion picciola*, pequeña oración, con la que Ulises convence a sus compañeros de ir más allá de los límites conocidos, *plus ultra*. Fundamental en la repetición de Montalvo son los últimos tres versos de la oración, cuando Dante a través de Ulises nos invita a practicar la virtud y buscar el conocimiento porque ese es el destino del hombre y lo que les diferencia de los brutos que sólo desean una vida material sin aspiraciones más altas. Montalvo utiliza casi las mismas palabras y es fascinante comprobar como el Ulises dantesco haya influenciado casi a la vez Cristóbal Colón, también lector de la Divina Comedia y Montalvo que escribió unos años más tarde del primer viaje del navegador genovés. Al final de las *Sergas*, Calafia y Radiaro son vencidos y presos por Amadís y Esplandián y, como hemos comentado arriba, ella se convierte al cristianismo y se casa, sacrificando su amor por Esplandián del cual se había enamorado, porque él ya estaba prometido con otra doncella, Leonorina.

8. El regreso de la reina Calafia

Los años veinte del pasado siglo representan un momento de recuperación del mito de la reina Calafia no sólo en la literatura sino sobre todo en el arte visual, como veremos más adelante analizando algunos murales que se encuentran en la ciudad californiana de San Francisco, pero vamos a empezar con una obra literaria. En 1923, se publica la novela de Vicente Blasco Ibáñez, *La reina Calafia*, una de las novelas históricas escritas por el autor valenciano donde se demuestran sus conocimientos adquiridos durante un viaje alrededor del mundo. En los capítulos III y IV, Blasco explicita la fuente literaria de su novela, *Las Sergas de Esplandián*, y traza unas correspondencias entre su obra y la de Montalvo:

Esta novela –continuó el catedrático–, aunque se publicó por primera vez en 1510, la escribía el regidor de Medina del Campo allá por el año 1492, cuando los Reyes Católicos tomaron a Granada, y Colón, ayudado por los Pinzones, empezaba a preparar su primer viaje a las Indias. Resulta de esto que la California fue inventada sobre el papel por un novelista de Castilla un poco antes de que las naves españolas descubriesen las primeras islas de la actual América...La novela de Montalvo, publicada a continuación del Amadís de Gaula, había obtenido enorme éxito. El volumen de Las sergas de Esplandián andaba en manos de los descubridores españoles de mar y tierra. Hernán Cortés, antiguo estudiante de la Universidad de Salamanca, era gran aficionado a leer novelas, y si se terciaba la ocasión sabía escribir versos. Vio un mar abundante en perlas, vio costas que eran pródigas en oro, según revelaciones de los indígenas, e igualmente debió descubrir desde su nave algunas indias de alta estatura, con arcos y lanzas, lo mismo que las amazonas. No necesitó más para acordarse de la reina Calafia, dando el nombre del rico país gobernado por la enamorada de Esplandián a la «isla» de Santa Cruz, que había de dejado de ser isla...-Así fue –continuó el catedrático– como algún tiempo antes de ser descubierta América inventó el nombre de California un novelista de la meseta central de España, que fue soldado en muchas guerras, pero tal vez murió sin haber visto nunca el mar (Blasco, 2015: 52-54).

Blasco Ibáñez no sólo consigue una correspondencia entre su novela y la de Montalvo, sino también consigue fijar ese punto intermedio representado por las expediciones de Cortés dirigidas hacia el Pacífico y que conllevarían al descubrimiento de la tierra de California. Gracias a uno de los personajes de la novela, el profesor Antonio Mascaró, Blasco Ibáñez nos ayuda a recorrer la historia de California hasta llegar a la época de la *Gold Rush*, la fiebre del oro de California que tuvo su inicio en 1848, cuando James W. Marshall encontró oro en Sutter's Mill en Coloma, momento histórico fundamental porque así como las noticias recibidas por Cortés alrededor de una isla repleta de oro y perlas, así también la esperanza de encontrar el oro en California trajo miles de personas del resto de Estados Unidos y también de otros países a sus tierras a la búsqueda del precioso metal. Las consecuencias fueron un aumento de la población, pero sobre todo que California estuviera bajo la lupa del país entero, algo que no ocurría anteriormente. Cuando terminó la fiebre del oro, California había pasado de ser un territorio mexicano escasamente poblado, a ser uno de los más importantes, sobre todo de la Costa Oeste, como también refleja Blasco Ibáñez cuando habla de la familia de la reina Calafia, Concha Ceballos, “Tan grande era la fama de este país, que su nombre, invención de un oscuro novelista de Castilla, había acabado por ser sinónimo de tierra hermosa...El título de la ínsula de la reina Calafia evocaba en todo el mundo una visión paradisíaca” (Blasco, 2015: 108). En la novela, Blasco Ibáñez alaba el invento del

cinematógrafo y la Ciudad-Camaleón como llama Hollywood, en la época un pequeño pueblo cerca de Los Ángeles:

Y la última riqueza de California es el cinematógrafo – siguió diciendo Mascaró; una de las más importantes de los Estados Unidos, uno de sus primeros artículos de exportación. No era en realidad la ciudad de Los Ángeles el lugar santo donde se creaba la vida sin voz; se llamaba Hollywood, nombre de un pueblo inmediato. Había nacido en los últimos años, desarrollándose con la rapidez biológica de un órgano reclamado imperiosamente por la función. En toda la tierra es conocido Hollywood; pocos son los que no han visto alguna vez sus calles – dijo el profesor a Florestán -. Esas avenidas orladas de pequeñas palmeras, con jardines sin valla, formando pendientes de musgo y de flores, por donde se persiguen los héroes de las historias cómicas y pasan automóviles que aplastan a las gentes o marchan en vertiginoso zigzag, como si estuviesen ebrios, eso es Hollywood. (Blasco, 2015: 109)

Con estas palabras, ¿Blasco Ibáñez no está creando también un mito de California? Un mito de la modernidad, el retorno de un espejismo a través del mundo del cine que recién se estaba haciendo popular en todo el mundo con las películas del cine mudo con sus principales protagonistas, Buster Keaton, Charles Chaplin y Harold Lloyd. Después de hablarnos de la historia de California, el profesor Mascaró nos regala el retrato de la protagonista de la historia, la apabullante Concha Ceballos, una californiana de visita en Madrid, es decir la reina Calafia:

Era alta, soberbiamente alta, con cierto aire de aplomo y seguridad que acompaña casi siempre a las personas soberanas. Se sintió envuelto en una ráfaga de perfumes sutiles, carnales y químicos... Luego en jardines de leyenda, exhalando bajo el resplandor lunar una respiración de oloroso misterio. Solo pudo ver rápidamente una dentadura espléndida, que juzgó casi inverosímil por su perfección; una dentadura que parecía emitir luz entre la cuádruple orla de las encías rojas, intensamente rojas, y los labios de un rosa húmedo, algo gruesos. Luego vio el color dorado de su rostro: color de naranja primeriza oscurecido por una capa de polvos rojizos; y finalmente sus ojos, de pupilas negras, que al pasar junto a un balcón tomaron la amarilla luminosidad de dos monedas de oro. Estos ojos dejaron caer sobre él una mirada de majestuosa indiferencia, que parecía alejar las personas y las cosas. Quedó inmóvil el catedrático a sus espaldas, con gesto pensativo e indeciso, hasta que la vio desaparecer bajo la caída de un cortinaje. Él conocía a aquella señora; estaba seguro de haberla visto en alguna parte... No se había equivocado. La conocía desde hacía muchos años; la había visto repetidas veces en letras de imprenta. –Es ella... Es la reina Calafia. (Blasco, 2015: 19-20)

Luego retomaremos una parte de esta descripción, cuando el profesor nos habla del color dorado, anaranjado de la piel de Concha Ceballos, porque así la pintará Diego Rivera en un mural de San Francisco. Blasco Ibáñez retoma también el carácter guerrero, de verdadera amazona de su californiana, “A la mañana siguiente, Conchita, sin sentir fatiga por estas largas horas de baile, montaba a caballo lo mismo que un «vaquero» y salía al campo” (Blasco, 2015: 23). O cuando castiga su otro pretendiente, el Marqués de Botero que anteriormente había herido en duelo a Florestán, el otro pretendiente de la protagonista:

Avanzó, partiendo el aire por dos veces con su brazo derecho. El puño cayó como una clava sobre el rostro de aquel hombre, magullando su nariz, enrojeciendo instantáneamente su boca. Una de las sortijas de la luchadora había cortado con su piedra los labios del enemigo. La mandíbula de este pareció crujir bajo un tercer golpe y todo él se vino abajo, intentando al derrumbarse tocar a su ágil adversaria con una agitación inútil de brazos y piernas. Quedó de espaldas en el suelo, quiso levantarse y no pudo. La reina Calafia, con el cuerpo arqueado, los brazos en alto y los puños vigorosamente apretados, fijaba en él unos ojos de fría crueldad, dispuesta a repetir sus golpes tan pronto como le viese de pie otra vez... Pero acabó por desplomar su cabeza en la mullida tira de alfombra que cortaba el centro del pavimento, y lanzando una especie de ronquido, quedó inmóvil. Entonces, la amazona, con el implacable orgullo de la venganza, sin darse cuenta tal vez de lo que hacía, fijó su pensamiento en otro hombre, levantó un pie y puso su tacón alto y agudo sobre la boca del caído. (Blasco, 2015: 153)

Aparte de las similitudes entre las dos protagonistas, las correspondencias entre ambas obras son muchas, como el tema del amor imposible, con la diferencia que mientras que en la obra de Montalvo es la reina Calafia la que persigue el amor del héroe Esplandián, recordamos que en la obra de Blasco Ibáñez es Florestán, cuyos rasgos físicos nos recuerdan a los de un héroe medieval:

Era un joven alto, de miembros fuertes y bien armonizados, ojos azules, pelo rubio oscuro y rostro afeitado, que parecía dar con su presencia una impresión contradictoria de fuerza y timidez, de energía y puerilidad... La señora Douglas quedó mirándole fijamente, sin poder disimular su sorpresa. Pensaba en San Jorge... un San

Jorge de veinte años, sin casco, con la hermosa y rubia cabeza descubierta, brillante el pecho por las escamas plateadas de su lorica, las fuertes y blancas manos sobre la cruz de su mandoble y teniendo a sus pies el destrozado dragón de la fealdad. (Blasco, 2015: 39)

Florestán está enamorado de Concha Ceballos y la persigue hasta el final de la novela, hasta su viaje a Francia y, es justo aquí, cuando encontramos otro de los temas presentes en ambas novelas, el tema del sacrificio. En este caso, la reina Calafia se sacrifica en ambas obras: en las *Sergas* casándose con el hermano de Esplandián y en la novela de Blasco rechazando el amor de Florestán poniendo como excusa la diferencia de edad. Al contrario de las *Sergas*, en Blasco Ibáñez el amor es correspondido, pero para respetar la correspondencia con la obra de Montalvo, el autor valenciano no obliga a su protagonista a casarse con otro, sino encuentra una estrategia más ingeniosa: como Florestán nunca ha conocido a su madre y su padre de joven había vivido en México y había conocido a Concha Ceballos, siembra la duda en el joven Florestán, haciéndole creer que es su madre. Duda acertada que se revela una montaña insuperable para el amor de ambos. El incesto es la barrera más alta y gruesa que se puede interponer entre dos amantes y, por supuesto, Florestán no la va a sobrepasar. Con la esperanza de que Concha Ceballos se quede en Europa para seguir siendo su madre, la reina Calafia le abandona y vuelve a su “isla”, a California, para que el océano que los separa marque el olvido entre los dos.

9. De las palabras a la imagen. Alegorías californianas

Ocho años después de la publicación de la novela de Blasco Ibáñez, en 1931, Rivera termina su primer mural californiano en el City Club de San Francisco en la Torre de la Bolsa de Valores. La *Alegoría de California* es un mural con una enorme figura femenina que representa el estado de California, una figura mítica que a menudo se le llama el “Espíritu de California”. Anteriormente, otros muralistas habían representado la imagen de esta figura mítica, que todos identifican con la reina Calafia. El primero fue Frank du Mond en la obra *Westward March of Civilization* que se encuentra en la San Francisco Public Library/Asian Art Museum, donde el artista retrata una procesión de figuras históricas de California, entre otros el explorador español Juan Bautista de Anza que participó en varias expediciones en el siglo XVIII para encontrar una ruta terrestre que llevara a California. La procesión representa el descubrimiento, la conquista, el asentamiento y el gobierno del estado californiano y el desarrollo de su cultura y termina su movimiento en los brazos de la reina Calafia, como dice Anthony W. Lee, “Ella es a la vez el punto final, la meta hacia la que ha tendido el impulso histórico, y el signo de una nueva historia a punto de comenzar, el lugar reconocible (encarnado, alegorizado) donde puede comenzar una nueva civilización” (Lee, 1999: 5-6)⁶. La reina Calafia vuelve a aparecer en 1926 en un hotel de lujo ubicado en la cima de Nob Hill en San Francisco en California, el *InterContinental Mark Hopkins San Francisco*. En una de las áreas para banquetes, “The Room of The Dons”, aparece una parte de la historia del estado de California pintada sobre nueve paneles por los artistas Maynard Dixon y Frank Von Sloun. En uno de los paneles aparece la reina Calafia acompañada de dos mujeres armadas de escudos y, al fondo, un cielo de pan de oro. La reina aparece imponente y poderosa, más alta que sus Amazonas y lleva puesta una capa larga de color azul que la recubre dejando el pecho descubierto. En la capa aparecen entre otros los grifos, las creaturas fantásticas descritas por Montalvo en *Las Sergas*. El atuendo y el color de la piel recuerdan más a una reina africana que a una mujer indígena americana. Su mirada es altiva y desafiante, Calafia nos mira directamente a los ojos y nos muestra todo su poderío. En otro panel aparecen dos guerreras acompañadas por un grifo mientras reciben la embajada de dos hombres blancos, dos personajes que podrían ser Esplandián y Amadís y, al fondo, un galeón. Nos tenemos que acordar que la reina Calafia había llegado a Constantinopla con su ejército para ayudar a los paganos a conquistar la ciudad cristiana. Unos años más tarde, en 1930, Frida Kahlo y Diego Rivera llegan por primera vez a San Francisco, recorren la zona de la Bahía, visitando granjas en el norte de California para que el artista mexicano pudiera reunir información para su mural *Alegoría de California* ubicado en el comedor del Lunch Club of the Pacific Stock Exchange, y aprender todo lo que pudiera sobre el “Estado Dorado”. Para el artista mexicano, el encargo representaba un desafío nuevo porque no iba a pintar en un lugar académico sino en un lugar comercial. Además, a la opinión pública de la ciudad le resultaba raro que un pintor como Rivera, que estaba identificado con el Partido comunista mexicano, fuera a pintar en un club claramente capitalista (Lozano 2007: 266-287). Cuando termina su obra, su mural muestra

⁶ La traducción es mía.

al "espíritu de California" como una imponente Madre Tierra cuya mano izquierda está repleta de las riquezas naturales de la tierra mientras que su mano derecha sostiene los tesoros subterráneos de California. Debajo de la figura femenina, hay dos hombres con un anteproyecto y herramientas matemáticas, un leñador al lado de un árbol caído, un niño con un aeroplano modelo, un anciano con algún utensilio agrícola y dos trabajadores agrícolas latinos. El mural también se extiende hasta el techo y detalla dos mujeres desnudas, una variedad de planos y un sol personificado. Otros elementos en el mural representan la fiebre del oro, la horticultura, la agricultura y el industrias petroleras y navieras. Como en la descripción de Concha Ceballos del profesor Mascaró, la figura femenina se nos presenta con un color de piel anaranjado, una mujer blanca bronceada, no en línea con los trabajos anteriores del artista mexicano a la hora de representar figuras femeninas, como en la Capilla de Chapingo. La figura que representa California era la encarnación de su modelo, la tenista Helen Wills Moody. Rivera dijo que Moody "parecía representar a California mejor que nadie que yo conociera" y añadió, "En el centro del mural pinté la figura colosal de una mujer que representaba California. Mi modelo fue la campeona de tenis Helen Wills Moody, de una belleza más bien clásica" (Lozano, 2007: 268). Las críticas apuntaron directamente a que hubiera colocado como personaje central a una famosa de la época y no a una alegoría que representara el estado californiano. Dejamos un momento el mural de Rivera para analizar otro de los murales dedicados a California en los mismos años. Mientras el artista mexicano trabajaba en su mural, la Works Progress Administration (WPA), una oficina gubernamental que tenía como objetivo aliviar el desempleo durante la Gran Depresión, empieza a financiar murales públicos en todo Estados Unidos. En 1935, Lucile Lloyd una muralista e ilustradora norteamericana se convirtió en la primera mujer del sur de California en recibir una prestigiosa comisión de la WPA. En 1937, diseñó un mural tríptico llamado "Origin and Development of the Name of the State of California", que se exhibió en el Edificio del Estado de Los Ángeles hasta 1975, cuando el edificio fue demolido por razones de seguridad. Las pinturas fueron posteriormente montadas en la Sala de California del capitolio estatal. En un panorama amplio, los tres paneles cuentan la historia del nombre de California. Los dos paneles laterales representan las banderas más importantes del estado, en el izquierdo, aparece un soldado español con su bandera y a sus pies un galeón y una iglesia mientras que, en el derecho, aparecen las banderas de Estados Unidos y de California con el oso pardo fácilmente reconocibles sustentadas por dos jóvenes, el Capitolio de California y un escudo representando a California en una versión más antigua del siglo XIX, cuando se convirtió en estado, con la diosa Atenas con el lema *Eureka*, "lo he encontrado", acompañada por un oso pardo que come de una viña. Otros símbolos que podemos ver son los cereales representando la agricultura, la minería representando la fiebre del oro y en el fondo la bahía de San Francisco. El panel central muestra la historia y el desarrollo del estado a través de las épocas española, mexicana y estadounidense y se resalta la figura de la reina Calafia vestida con un atuendo que nos recuerda las vestimentas aztecas. Se encuentra enmarcada dentro de un óvalo dorado flotando en el aire, de perfil sentada en un trono, sosteniendo una lanza en su mano izquierda y examinando un giroscopio en la derecha, símbolo de fuerza por un lado y de ciencia en el otro, a demostrar quizás el progreso científico de California. A sus pies y siempre en el borde del óvalo dorado encontramos los personajes símbolo de la historia californiana, españoles disfrazados con vestimentas del siglo XVI y debajo indígenas esclavizados llevando cargas en sus espaldas, un misionero, buscadores de oro, un hombre de la frontera, un músico tocando la guitarra hasta llegar fuera del óvalo con una pareja, hombre y mujer: la mujer sostiene en su regazo a un recién nacido, con los pies en el suelo, parecen agricultores de una Arcadia utópica así como la había descrito Blasco Ibáñez antes de la industrialización del estado, "Esta Arcadia mística y agrícola duró menos de medio siglo y no tuvo tiempo para desarrollar toda su obra civilizadora" (Blasco, 2015: 65). Detrás de Calafia, como fondo, podemos ver un paisaje salvaje con montañas y bosques y, si se baja la mirada, al lado izquierdo una misión española y a la derecha un edificio grande de hormigón que representa el pasado y el presente de California.

Analizados los cuatro murales pintados entre los años diez y treinta del pasado siglo, nos extraña la postura de Rivera a la hora de retratar la imponente figura femenina. Si repasamos su historia y su ideología, Rivera junto con Orozco, Siqueiros y otros pintores mexicanos formó el "Sindicato de Pintores y Escultores" que lanzó un manifiesto cuyos propósitos eran socializar el arte, repudiar la pintura tradicional y producir obras valiosas para el pueblo en lugar de ser una expresión de placer individual: es decir un arte al servicio de los trabajadores. Rivera presentaba una historia de México en todo su realismo: las crueldades de la conquista, la explotación del país y de sus habitantes, la situación de la población indígena, la intolerancia en la vida de las colonias, la lucha por la independencia política, la injusticia por las invasiones extranjeras, la mísera situación del campesino y del obrero (Lacroix, 1971: 51-56). Para descubrir los motivos que llevaron a Rivera a dibujar a Calafia como si fuera una mujer blanca es fundamental averiguar cómo se desarrolló el proceso de representación de esta figura femenina. Como hemos visto, el mismo Rivera cuenta que, para representar California, eligió a una tenista blanca y norteamericana porque era su mejor opción. Vamos a tratar de refutar las palabras del muralista mexicano a través de sus mismos dibujos. En el libro de Taschen que recopiló toda

la obra de Rivera y en la de Lee mencionada arriba, aparecen unos bocetos preparatorios del mural y una foto de Rivera trabajando al mismo. En un boceto de 1930 hecho con lápiz y conservado en el San Francisco Museum of Modern Art, William Gerstle Collection, la figura femenina aparece con los ojos caídos, los labios carnosos, la nariz ancha, el cabello tirado hacia atrás, en una mano sujeta los frutos de la tierra de California y con la otra trata de abrazar el conjunto. Parece, sin lugar a duda, una mujer indígena. El mismo año, en diciembre, Rivera diseña a lápiz otro boceto, y que probablemente sea anterior, aunque no podemos estar seguros, donde la protagonista aparece sentada en una colina, casi aislada del resto de los personajes, una auténtica diosa, ya no una reina, y detrás un árbol de donde sale una mano con un martillo representando el poder obrero y personas moviéndose a su alrededor (Lozano, 2007: 283). En una fotografía de 1930, donde Rivera aparece sobre de una escalera mientras pinta el mural, Calafia aparece con los ojos ensanchados, el pelo cubierto de forma más holgada, la figura aparece menos alegorizada y más individualizada, pero sigue manteniendo los rasgos indígenas. En el diseño final, Rivera elimina la mano que sujeta un martillo y cambia el rostro del personaje femenino. Le peina diversamente el cabello, le amplía los ojos, le pone hacia abajo las esquinas de la boca, le inclina la línea de la mandíbula y del mentón: convierte a Calafia en una mujer caucásica. Vistos los bocetos y la fotografía, surge una pregunta, ¿por qué Diego Rivera blanqueó la figura femenina representante California? Es aún más raro si comparamos su trabajo con el de los otros artistas norteamericanos que sí representaron a la reina con facciones que nos recuerdan la descripción original de Montalvo, es decir el retrato de una reina negra. Podríamos pensar que Rivera se acobardó, que le cambió el color de la piel para no escandalizar a los comerciantes bursátiles predominantemente blancos o, como dijo en la entrevista, simplemente eligió a la mujer que más se adaptaba a su ideal para personificar California. Según mi humilde opinión y vistos los trabajos preparatorios, Rivera dio marcha atrás, seguro por el temor de que la imagen de una figura femenina con rasgos indígenas, a la que añadir referencias a la clase obrera, no hubiera gustado a sus patrocinadores ni a los que diariamente subirían por la escalera de la Bolsa de Valores, donde se ubica el mural. A fin de cuentas, no se encontraba en su México, donde era un artista ampliamente reconocido, sino en los Estados Unidos de América, el país más capitalista del mundo, donde su fama no le permitía crear con toda la libertad que él quería.

10. California Dreaming. La nostalgia de un sueño

El regreso de la reina Calafia sigue dejando rastros hasta nuestros días, podemos verlo en las esculturas de Susan Shelton o en una de las películas de Disney, *Golden Dreams*, protagonizada por Whoopi Goldberg como intérprete de la reina Calafia. El mito de la reina bien se acompaña con el mito de California, la tierra prometida de numerosos artistas o aspirantes tales, y que sobrevive hasta nuestros días en todas las artes, desde el cine al teatro hasta la música. Si no fuera así, sería inexplicable como una canción de los años setenta del pasado siglo, cantada por el grupo The Mamas & the Papas, nos traslade a través de su melodía y de su letra nostálgicas hacia una tierra que imaginamos cálida y hermosa. A la vez, habiendo leído las *Sergas*, nos deja imaginar a Garcí Rodríguez de Montalvo durante uno de esos inviernos rígidos azotados por el viento y tan típicos de la tierra de Castilla, sentado en su escritorio e inventando un mundo fantástico, descubriendo lugares imaginarios y recorriéndolos él mismo, como en un ensueño,

All the leaves are brown
 And the sky is grey
 I've been for a walk
 On a winter's day
 If I didn't tell her
 I could leave today
 California dreaming.

La tierra californiana creada por la imaginación de Montalvo atrapó los sueños de los que leyeron las aventuras de sus protagonistas y movieron sus acciones a pesar de los peligros reales y desconocidos a los que tenían que hacer frente, como todas las empresas que necesitan no sólo el valor de sus protagonistas, sino también el poder de su imaginación, que es lo que realmente mueve el mundo.

Referencias bibliográficas

- Alighieri, Dante (1990). *La Divina Commedia*. A cura di Umberto Bosco e Giovanni Reggio. Firenze: Le Monnier.
- Arrom, José Juan (1989). *Mitología y Artes Prehispánicas de las Antillas*. México: Editorial siglo XXI, México.
- Blasco Ibáñez, Vicente (2015). *La reina Calafia*, en *Novelas VI*. Madrid: Biblioteca Castro.
- Brooke-Hitching, Edward (2017). *L'Atlante Immaginario*. Milano: Mondadori Libri S.p.A.
- Chanson de Roland* (1886). Paris: Garniere Frères.
- Colombo, Cristoforo (1992). *Giornale di bordo del primo viaggio e della scoperta delle Indie*. Milano: Biblioteca Universale Rizzoli.
- Cortés, Hernán (1866). *Cartas y relaciones de Hernán Cortés a Carlos V*, Paris: A. Chaix.
- Davidson, John (1910). *The origin and the meaning of the name California*. San Francisco: Geographical Society of the Pacific.
- Díaz del Castillo, Bernal (1997). *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Madrid: Espasa.
- Eco, Umberto (2019). *Storia delle terre e dei luoghi leggendari*. Firenze: Bompiani.
- Gil, Juan (1989). *Mitos y Utopías del Descubrimiento. I. Colón y su tiempo*. Madrid: Alianza Universidad.
- Graves, Robert (1963). *I Miti greci*. Edizione Speciale per Il Giornale. Milano: Longanesi € C.
- Hale, Edward Everett (1862), "The Name California". Procedente de la versión impresa por John Wilson and son de su ponencia del 30 de abril de 1862 en la American Antiquarian Society, Boston.
- Lacroix, Jorge Gurría (1971). *Hernán Cortés y Diego Rivera*. Mexico, D. F.: Instituto de Investigaciones Históricas.
- Lee, Anthony W. (1999). *Painting on the left. Diego Rivera, Radical Politics, and San Francisco's Public Murals*. California: University of California Press.
- León-Portilla, Miguel (1985). *Hernán Cortés y la Mar del Sur*. Madrid: Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid.
- , ----- (2001). *Cartografía y crónicas de la Antigua California* (formato PDF). Presentación de Jorge Carpizo Macgregor y Jorge Kanahuati, 2ª edición. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas.
- Lozano, Luis Martín (2007), "1929-1931. Revoluciones y alegorías", en *Diego Rivera. Obra mural completa*. Köln: Taschen.
- Martínez, Pablo L. (2011). *Historia de Baja California*. México: Archivo Histórico de Pablo L. Martínez.
- Polk, Dora Beale (1995). *The Island of California: A History of the Myth*. Lincoln, Nebraska: University of Nebraska Press.
- Polo, Marco (1994). *Milione*. Milano: Adelphi Edizioni.
- Putnam, Ruth (1917). *California: the name*, Berkeley: Herbert Ingram Priestley/University of California.
- Rivera, Diego (1963). *Mi arte, mi vida: una autobiografía*. México: Editorial Herrero.
- Robiu-Lamarque, Sebastian (2016). *Mitología y religión de los taínos*. San Juan de Puerto Rico: Editorial Punto y coma.